

Lo que nos deja perplejos, con una mirada objetiva, es que las proposición condenadas no se ciñeron a la *Guía*, o si lo hacen son frases sacadas del contexto. Así pues, ¿cuáles fueron las causas de la condena?; si su obra no contiene ninguna objeción doctrinal ¿dónde radica el error de su autor?

Para responder a estas preguntas hay que señalar que el teólogo aragonés aplicó su doctrina a gentes ramplonas para tranquilizarlas; la praxis en sus seguidores mostró actitudes inmorales; quizás Molinos —fiándose de su genialidad e influencias— no midió las consecuencias entre sus admiradores. ¿Pudo ser, además, utilizado como «cabeza de turco» para eliminar de una vez por todas el movimiento quietista?. Esta es una cuestión que todavía no puede resolverse.

Cuestiones abiertas

Como los lectores habrán podido comprobar, todavía hay muchos interrogantes sobre la vida y obra de Miguel de Molinos que permanecen en la oscuridad; todavía no han podido ser resueltas por las investigaciones actuales.

A nuestro modo de ver hay una serie de temas que aclararían más la figura de este aragonés:

- ¿Por qué siendo tan joven, fue enviado a Roma como agente y postulador de una causa de beatificación? Es de suponer que ya entonces, destacaría por algo y mostraría dotes especiales para encargos de relevancia.
- No está claro que Molinos fuese ya quietista en Valencia; tampoco se sabe cómo entró a formar parte de este movimiento espiritual. Existen distintas teorías al respecto, pero no aclaran totalmente este asunto.
- Es sorprendente también, que ya en Roma y entre sus admiradores se encontraran mayoritariamente mujeres. ¿Como podría explicarse esto?.
- ¿Fue un místico? Es evidente que en su obra hay influencias de grandes místicos, pero no se sabe si él mismo se tenía por uno de ellos.

Bibliografía básica

MIGUEL DE MOLINOS, *Guía Espiritual*, precedida de un ensayo de Claudio Lendínez; Biblioteca Júcar, Madrid 1974.

Guía Espiritual de Miguel de Molinos, Edición crítica, introducción y notas de J.I. Tellechea, Madrid 1976.

TELLECHEA IDÍGORA, J.I., *Molinosismo. Investigaciones históricas sobre Miguel de Molinos*, Madrid 1987. (contiene un abundante repertorio bibliográfico).

manantial



**LIBROS
DISCOS Y AUDIOVISUALES
ARTESANIA LITURGICA
ORFEBRERIA**

Plaza de La Seo, 6 - Teléfono 29 46 41
50001 ZARAGOZA

ALICANTE: del Teatro, 41
CIUDAD REAL: Bernardo Mulleras, 5
PAMPLONA: Sancho el Mayor, 11
TERUEL: El Salvador, 3

VALENCIA: Paz, 7
ROMA: Piazza Navona, 90
GUATEMALA: 7ª Avda. 3-03 Zona 1
TOKIO: 4-8 Rokubancho

Los agentes del cambio en el mundo rural

Rev. Aragon. Teol. 3 (1996)

José Guarc Pérez

¿Qué entendemos por mundo rural?

Si bien es cierto que el mundo rural ha saltado hoy día a los medios de comunicación y sus noticias ocupan a diario páginas fijas en la prensa; si bien es cierto que temas tan ligados al mundo rural como la preocupación por el agua, sus usos y destino, son temas centrales en el Aragón de hoy, no lo es menos que el mundo rural sigue apareciendo con ciertas connotaciones negativas en una sociedad donde el modo de vida ciudadano lo ha invadido todo.

Ante el mundo rural se dan dos actitudes contrapuestas. Por un lado es objeto de deseo para el hombre de la ciudad: es la actualización contemporánea del antiguo «rure redire», volver al campo, de los clásicos. Por otro lado siguen existiendo prevenciones ante él y los que lo habitan. La misma palabra rural sigue cargada de estas connotaciones negativas, frente a lo refinado y ciudadano.

Si señalamos todo esto es porque, a nuestro parecer, tiene repercusiones en la misma opinión que sobre sí mismos tienen los habitantes de los principales núcleos rurales de nuestro Aragón (se sienten molestos ante la idea de formar parte del mundo rural y les halaga la idea de que su pueblo es una «ciudad»), así como en la misma pastoral desarrollada por la Iglesia. Ejea, Alcañiz, Tarazona, Monzón, Barbastro, Jaca... ¿son o no son mundo rural? ¿basta para no serlo el poseer el antiguo título de villa o ciudad? (Civitas, civis, derechos de ciudadanía, derechos civiles..., son en realidad algo común a todo ciudadano, a toda persona).

Lo rural no es equivalente a lo agrario. Como lo urbano, en cuanto lugar habitacional, no es coextensivo con la mentalidad y costumbres «modernas». El mundo rural tiene unas características fundamentales que van más allá de la posible dedicación, de los que lo habitan, al trabajo agrícola. El mundo rural no es equivalente con el sector primario.

El mundo rural (y lo de menos es el nombre con el que designemos esta realidad) se caracteriza por un determinado tipo de relaciones humanas: un modo de transmisión oral de las noticias y sucesos, un conocimiento personal y familiar de la mayoría de los miembros del colectivo; apodos, motes. Unas determinadas costumbres. Todo ello constituye como el «alma» del colectivo del que todos, más o menos conscientemente, participan.

Otra característica fundamental del mundo rural es un determinado tipo de organización social basada en la cercanía, el no anonimato. Esta característica tiene repercusiones importantes en la vida de los pueblos y en sus organizaciones: de jóvenes y mayores; de agricultores (sindicatos, cooperativas, regantes, etc.) y trabajadores de la industria o servicios; de tiempo libre (cazadores, cuadrillas, bodegas) y religiosas.

En el mundo rural cada persona es alguien a quien se conoce, con un nombre y una historia. Existen unos centros de reunión (plaza, bares). Existe una mayor cercanía y solidaridad ante las desgracias (muerte, funerales).

Estos hechos nos plantean si las diversas instituciones relacionadas con el mundo rural: iglesia, enseñanza, sanidad, etc. tienen suficientemente en cuenta esta especificidad. Un hecho tan determinante para las personas, como es el medio en que viven, a menudo pasa de largo en los planes de estudio de enseñantes, sanitarios o sacerdotes.

El cambio en el mundo rural un proceso ya en marcha

Para nadie es un secreto que en los últimos lustros, la sociedad en general pero el mundo rural más en particular, ha sufrido un proceso de transformación que podemos definir como de paso de una sociedad tradicional a una sociedad técnica o tecnificada.

Ha cambiado la relación del hombre con la naturaleza y la misma representación que se tenía del mundo. Las relaciones con la naturaleza han dejado de ser pasivas; con la introducción de la técnica se rompen los ritmos de la naturaleza y cambia la manera de situarse frente a ella.

Los avances técnicos no sólo han transformado el trabajo y los instrumentos empleados en él sino que han roto la misma unidad social. Ya no son significativos los consejos, palabras y sentencias de los ancianos, ni las antiguas costumbres, sino que quedan trasnochadas, sin que se haya intentado reemplazarlas adecuadamente por otras. Si algo se intenta recuperar son los elementos más folklóricos de ellas.

Todo lo domina la razón científico-técnica. El mundo de lo sagrado queda desacralizado. Se ha extendido una nueva concepción de la vida y surge el interrogante de cómo dar respuesta a los nuevos interrogantes que se plantean. Son los valores de la modernidad que, por especiales circunstancias de todos conocidas, llegaron a nuestra sociedad más tarde que al resto de Europa. Modernidad que a su vez está sufriendo ya las críticas de la llamada postmodernidad.

Todo ello hace que se sienta como problemática y llena de dificultades una presencia activa y transformadora en el mundo rural. No vamos a detenernos en este artículo en un análisis de la pastoral rural, ni tampoco de los movimientos de Iglesia que en él puedan darse. Vamos a situarnos en lo que consideramos una tarea previa: en los sujetos de esta presencia activa y transformadora del mundo rural y en las características de dicha presencia.

a) Los sujetos de una presencia activa y transformadora en el mundo rural

El mero hecho de estar y vivir en un pueblo no supone sin más una presencia adecuada en él. Una presencia adecuada en el mundo de hoy supone una previa toma de conciencia.

Las personas, porque tenemos conciencia, podemos crear y recrear continuamente. La conciencia no es algo distinto de la vida, sino la vida misma que se ilumina, se hace consciente en nosotros para que la recreemos y la podamos vivir libre y responsablemente. Las personas vivimos, en definitiva, desde la conciencia que tenemos.

No es tarea fácil para el hombre y la mujer de nuestro tiempo vivir «en estado de conciencia». Desterrados de nuestro mundo Prometeo y Sísifo, es Narciso el que ocupa hoy la escena de las conciencias. De este modo es imposible una presencia activa y, lo que es más importante, transformadora en el mundo. Como certeramente señalaba Carlos Tartaj en esta revista, ésta es la apuesta que ha hecho el hombre de nuestro tiempo: «Dejemos la piedra en su sitio, que se queden los dioses con su fuego y que nos dejen vivir en paz»¹.

Desde el ángulo que nos ocupa, una presencia activa y transformadora en el mundo rural, exige tener una conciencia rural. Es decir, hacer nuestros sus problemas, sus aspiraciones, sus luchas, sus logros. Vivir toda la vida rural desde nuestra encarnación en ella.

La conciencia es quien da unidad a las diversas dimensiones de nuestra vida: sentimientos, pensamientos y acción. Estos son los tres aspectos que componen nuestra conciencia: nuestro sentir, nuestro pensar y nuestro actuar. Para actuar y transformar, para vivir en un medio adecuadamente, hace falta «adquirir conciencia» de él. Para estar de forma adecuada en el mundo rural necesitaremos una «conciencia rural». Nuestra conciencia rural dará unidad a nuestro sentir, pensar y actuar en medio del mundo rural.

Pero debemos dar un paso más. Los cristianos vivimos desde nuestra conciencia cristiana. Vivir desde nuestra conciencia cristiana es vivir nuestra opción fundamental desde el encuentro con Jesucristo vivido en comunidad, en Iglesia. De esta forma nuestra fe integrada en nuestra conciencia, dará forma a todo: a nuestra sensibilidad, a nuestro modo de pensar y a nuestro modo de actuar.

Construir en nosotros nuestra conciencia rural cristiana es situarnos en la vida de un modo peculiar y original. Desde un modo de sentir, pensar y actuar rural cristiano.

Situarnos así en el mundo rural nos hace tomar conciencia de que somos agentes (provocadores) del cambio, no sólo pacientes (sufridores) de este cambio. Por otra parte nos hace conscientes de que el protagonista del cambio y transformación del mundo rural es el mismo mundo rural. Abiertos por tanto y unidos a todos aquellos que, desde sensibilidades distintas a la nuestra, trabajan por su transformación.

¹ Carlos TARTAJ SÁNCHEZ. *La postmodernidad*. Revista Aragonesa de Teología, Año I, N° 2, pp.31-37. Zaragoza. 1995.

Una de las claves para vivir con paz, operatividad y presencia misionera nuestra realidad de Iglesia en el mundo de hoy, y por tanto en el mundo rural de nuestros días, es a nuestro parecer, la aceptación de los otros, de lo distinto a nosotros y situarlo y situarnos no como competidores sino como compañeros (hermanos decimos nosotros) en el proceso de transformación del medio.

En este orden de cosas, qué necesario sería que se transformara en consecuencias operativas el acertado documento del Consejo Diocesano de Pastoral de la diócesis de Zaragoza sobre la «Presencia y acción de los católicos en la vida pública»², pues en definitiva «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»³.

b) Características de una presencia activa y transformadora en el mundo rural

Por un desarrollo comunitario integral

Una presencia activa y transformadora en el mundo rural exigirá como paso previo una apuesta por el modelo de desarrollo rural que se pretende.

Existen dos modelos diferenciados de desarrollo comunitario.

- El modelo que podemos llamar de «arriba hacia abajo». Este modelo está basado en la distinción entre los promotores y dirigentes de los cambios que se pretenden conseguir y los beneficiarios de dichos cambios. Se trata de un desarrollo inducido desde fuera de la comunidad que se pretende transformar.

En este modelo se programa, se planifica desde fuera de la misma comunidad local, sin partir desde los intereses que ella tiene, con lo que a menudo, se inician unos procesos que no responden a las necesidades de la población y por lo tanto tienen poco futuro. Es un modelo de desarrollo heterónomo.

- El modelo de «abajo hacia arriba» o de desarrollo autónomo. Este modelo responde a un proceso educativo en el que se trata de que la comunidad se cuestione su situación a fin de que las decisiones que tome a cerca de su propio desenvolvimiento sean decisiones propias, autónomas y no dependientes de otros que las promuevan.

Hablamos de desarrollo comunitario integral. Es decir, que alcance a todos los aspectos de la vida del pueblo: económicos, sociales, políticos, ecológicos, culturales, religiosos, ya que la organización de la economía y la convivencia ciudadana dentro del pueblo, la participación en las instituciones del municipio y en las asociaciones que en él se encuentran; el respeto a la naturaleza como fuente de vida y riqueza

² *Presencia y acción de los católicos en la vida pública*. Consejo Diocesano de Pastoral. Zaragoza. 1992.

³ Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes*. Introducción, 1.

y la recuperación de la propia entidad como pueblo y de sus raíces históricas son los elementos que conforman un desarrollo integral.

Trabajar desde dentro, trabajar a largo plazo

A menudo, cuando nos planteamos cualquier trabajo sea en el ámbito que sea, andamos preocupados por adquirir una preparación adecuada y unos conocimientos que nos dirijan y ayuden a tener una visión general de la situación de que se trate. Y esto sin duda es muy importante.

Sin embargo nada hay más operativo y eficaz que introducirse en la vida y sus problemas y desde dentro buscar la solución adecuada, dotándonos de los medios adecuados que tengamos a nuestro alcance. Claro que esta actitud lleva un problema que debe ser evitado y es el de perder la visión de conjunto, el que «el árbol no nos deje ver el bosque».

La «profesionalización» ha invadido también las conciencias de los que desarrollan su actividad en el mundo rural. A menudo profesores, sanitarios, técnicos, etc. cumplen su horario de trabajo en el pueblo y luego desaparecen de la vida del mismo. En este aspecto, tendríamos que decir que afortunadamente es la Iglesia quien mantiene una presencia más permanente en él aunque, a nuestro parecer, no suficientemente lúcida ni con un discernimiento de los momentos que corren.

Los trabajos más profundos y eficaces entre las gentes de los pueblos y sus problemas no se pueden encasillar en horarios de oficina. Compartir la vida de la calle, entrar en las casas, ir a los lugares de encuentro, participar en las organizaciones que el mundo rural se va dando a sí mismo, es condición imprescindible para intervenir positivamente en la vida rural.

Las transformaciones profundas son lentas y no perceptibles de inmediato, como el crecer de los árboles de nuestros campos. A menudo buscamos el éxito inmediato y los resultados palpables. Un largo plazo en los pueblos no es uno, dos, cuatro años. Es necesario tiempo para ganar la confianza y cercanía, para vencer los recelos, descubrir los problemas y situarse y aportar savia nueva en los ámbitos de que se trate, incluida la comunidad de fe. Estabilidad en el trabajo y duración de los programas son requisitos indispensables para una presencia activa y transformadora en el mundo rural.

Trabajar desde los centros de interés

Estamos viviendo en un mundo cada vez más desmotivado. A veces nos invade la sensación de que la mayoría de las personas del mundo actual, son incapaces de otras preocupaciones que no sean las más prosaicas, inmediatas e individualistas.

Esta constatación no puede hacernos creer que en la vida del mundo rural no existen resortes y situaciones que puedan hacer aflorar los problemas, inquietudes y necesidades del mismo.

Es necesario comenzar el trabajo por aquello que a la gente le interesa, por lo que motiva al colectivo en el que nos movemos, que en ocasiones no coincidirá con lo que a nosotros nos parece más importante.

Tomar contacto, entusiasmar a un grupo de personas no es tarea fácil. Se puede empezar por reunirse para analizar un problema que a todos interesa y que todo el mundo percibe y siente o para hacer una relación de problemas que ellos sienten como urgentes (que hay que resolver pronto), o importantes (que pueden esperar, pero que tienen más importancia o mayor calado).

Saber combinar lo urgente y lo importante es condición para avanzar por el buen camino. Hay problemas que son capaces de movilizar a pueblos enteros. Cuando lo urgente es también lo importante la presencia de las personas en la búsqueda de soluciones se hace patente. Pensemos en las movilizaciones recientes en algunos pueblos de Aragón, por el problema del traslado de los niños a centros situados en otros lugares para cursar la primera etapa de la Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO), que lleva consigo el desarraigo de los niños de sus pueblos de origen en muy temprana edad y los riesgos añadidos de los traslados a los centros donde se imparte.

Hay que señalar la importancia que la comarca tiene en el desarrollo rural. Igual que el cambio individual necesita ir acompañado del cambio de la comunidad, la transformación de un pueblo debe situarse en el ámbito de la comarca a la que pertenece. De ahí la importancia de todas las iniciativas que están surgiendo en el ámbito comarcal, mancomunidades, etc.

Trabajar desde y con un grupo organizado

Una tarea transformadora del mundo rural no puede ser fruto de personas individuales. Es el mismo pueblo el protagonista y dentro de él serán imprescindibles las tareas desarrolladas por personas agrupadas y organizadas.

Es importante saber diferenciar a los corredores de velocidad que andan mucho en poco tiempo, de los corredores de fondo, cuyo trabajo es más lento pero con mayor visión de futuro y con menos riesgos de cansancio.

El trabajo al interior del grupo exigirá un temple esperanzado y paciente, para profundizar en los problemas, corregir los caminos emprendidos, consolidar la conciencia personal de cada uno y del grupo, encontrar vías de solución y para nosotros cristianos vivir y celebrar la fe y la presencia de Jesús en todo este proceso.

El trabajo en grupo abre el abanico de posibilidades de presencia activa y transformadora en el mundo rural. Son muchos los aspectos a tener en cuenta en este trabajo al interior y al exterior del grupo. Cuidar las relaciones interpersonales y la función que realiza cada uno; cuidar la conexión del grupo con el resto del pueblo para que no se convierta en una «élite» aparte; analizar los problemas, proponerse objetivos con los medios adecuados, repartir responsabilidades, evaluar los resultados obtenidos.... y volviendo a comenzar de nuevo.